

resumen_ A través de un análisis filosófico de los conceptos tiempo y espacio, el autor los relaciona con la cultura urbana contemporánea y con las ciudades actuales, con sus traumas más temidos –inseguridad– y sus problemas de falta de lugares que permitan la convivencia ciudadana. El espacio civil público, entendido como el lugar por excelencia para convivir con los otros y consigo mismo, debería ser la gran preocupación de diseñadores urbanos y políticos de la mayoría de las ciudades en Latinoamérica.

palabras claves_ espacio público | cultura urbana | espacio participativo | segregación

abstract_ Through a philosophical analysis of the concepts of time and [living] space, the author relates these ideas to contemporaneous urban culture and modern existing cities, with their major concern for security and the problem of lack of space allowing for coexistence. Public spaces, understood as places to live coexisting with others, should be of great concern to urban designers and politicians in most Latin American cities.

keywords_ public space | urban culture | participative space | segregation

Hoy todo parece indicar que no hay espacio para el tiempo, ni tiempo para el espacio. La noción contemporánea de lo instantáneo parece haber fusionado el tiempo y el espacio en experiencias vivenciales, momentos incuantificables en distancia y en duración; la experiencia como valor relativo, ausente de dimensiones métricas e inducida por simultáneos registros sensoriales. “La instantaneidad traduce una satisfacción en el acto, inmediata”;¹ que por su intensidad se corre el riesgo de una saturación sensitiva y de la posible desaparición en el acto del interés.

Es evidente que esto puede ocurrir por el abuso indiscriminado de mecanismos sobreestimulantes o sobrediseñados. Equipamientos públicos que aniquilan la reinterpretación por estar sobrecargados de semántica o sintaxis, llegando a ser tan efectivos en una experiencia de choque que anulan una posterior etapa de reflexión y meditación, pasos necesarios para el verdadero goce espiritual profundo que da cabida a lo aspiracional. Un dispositivo diseñado para provocar fuertes experiencias físicas, acelerando los procesos naturales, puede alcanzar a divertir solo en un instante, inhibiendo el verdadero sentido de la recreación, que debe ser prolongada por un estado de autoinducción. De la misma forma que un espacio vacío residual, ausente de significado y diseño, acaba por evitar su aprovechamiento como lugar de acontecimiento.

Tanto el espacio público colectivo como su amobla-

miento deben apartarse por medio de la abstracción de un código figurativo reconocible, para que el condicionamiento utilitario pueda posicionarse dentro de una red de posibilidades en vez de paralizar el usuario en un trabajo o acción en particular. Los rastros de un estudio ergonómico conductivista preliminar deben desaparecer para permitirle al usuario borrar lo que el mismo ha actuado o creado, según las exigencias del momento inmediato. Este usuario se expande entonces en medio de la dislocación sin la necesidad de desarrollar vínculos duraderos con nada, incluyendo sus propias recreaciones. Este desarraigo da paso a la indiferencia por la programación a largo plazo o la duración eterna. “Esta indiferencia a la larga duración transforma la inmortalidad de idea en experiencia”;² convirtiéndola en objeto de consumo inmediato: la intensidad con que se vive ese instante transforma ese momento en una experiencia de gran recordación, siempre vivida. El abanico ilimitado de las posibles sensaciones ocupa el espacio vacío que las aspiraciones de duración infinita dejaron. La inexistente resistencia del espacio y la desmaterialización de los objetos hacen que cada acontecimiento parezca desmesuradamente espacioso, aun dada su fugacidad.

Esta inmensa variedad de posibilidades despoja al tiempo de su poder de seducción; además, lo duradero que parece perder atractivo, es visto como desventaja. Esta condición es la que explica lo inoperantes en que se han convertido las plazas



Foto: Felipe Uribe

Today, everything seems to point to the fact that there is no space for time or time for space. The notion of 'instant' appears to have fused time and space in life experiences –incalculable moments in distance and duration with experience being relative– devoid of metric dimensions and induced by simultaneous sensory registries. "Instantaneous translates into immediate satisfaction"¹; due to intensity a person runs the risk of sensory overload and possible lost of interest.

It is evident that this can take place due to the wanton abuse of over-stimulating and excessively designed mechanisms. Public equipment, which inhibits re-interpretation by its being overly charged with meaning or synthesis, tends to be quite effective in creating a jolting experience which ceases to allow time for reflection and meditation - necessary for true spiritual joy leading to aspirations. A device designed to provoke strong physical experiences, accelerating natural processes, may provide instant gratification, thus inhibiting a real sense of recreation which must be prolonged by self inducement. Similarly an empty residual space, absent of significance and design, ends up with its use as the event.

Collective public space with its furnishings must be separated by means of the abstraction of a recognizable figurative code, so that a practical conditioning factor may position itself in a network of possibilities instead of hindering the user in a particular job or activity. Traces of a preliminary er-

gonomic study must disappear to allow the user to erase whatever he has created or accomplished according to the immediate requirement. The user is able to continue despite disruption without a need to develop long lasting connections with anything, including his own recreations. This rootlessness gives way to long term programming or everlasting duration. "This long lasting indifference transforms an idea's immortality in experience"², and makes it an object of instant consumption: the intensity with which that instant is experienced transforms that moment into a vivid experience, forever remembered. The unlimited ranges of possible sensations occupy the empty space that infinitely lasting aspirations left behind. The non-existent space resistance and dematerialization of objects make each event seem excessively spacious, considering its transitory nature.

The great variety of possibilities becomes a drawback, stripping time of its lasting seductive power and appeal. This condition reveals the ineffectiveness of Squares and Parks of the Colonial and Republican periods, as well as in the building of participative civil space. The dearth of interactive devices and a clear line of rigid pathways with surrounding vegetation inhibit interaction and discourage visiting due to sterile implications. The square and park are thought of as places to be seen. Its design is based on the 'noun' not in the 'verb' – human activity; they are designed completely geometrical, based on the logic of crossing or passing

FELIPE URIBE _ Arquitecto Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Profesor del taller de proyectos de la Facultad de Arquitectura de la U. Pontificia Bolivariana y miembro del Laboratorio de Urbanismo LAUR. En 1990, fundó el Estudio Uribe de Bedout Arquitectos y desde entonces sus proyectos participaron de los seleccionados en numerosas bienales de arquitectura de América Latina. Entre los galardones que recibió, figuran el premio Granitos y Mármoles 2005, a la excelencia en el manejo de la piedra. Su obra ha sido publicada en el *Internazionale Marmi e Macchine Carrara* s.p.a. (2001) y monografía *Felipe Uribe de Bedout, Copia*, Mesa Editores (2006).

Actualmente es uno de los profesionales que más colabora con la transformación urbana que está atravesando la ciudad de Medellín. Expone un concepto de la arquitectura como herramienta de integración social. Entre sus hechos destacados, está la construcción de espacios públicos para enfrentar los factores que son generadores de violencia. El Parque de los Pies Descalzos, El Parque de los Deseos y el Jardín Botánico son obras que representan ese pensamiento.

FELIPE URIBE _ Architect, Pontifical Bolivarian University Medellín, Colombia - Lecturer at Faculty of Architecture Project Workshop at Pontifical Bolivarian University - Member of LAUR (Urbanism Lab). In 1990 he founded the firm Uribe de Bedout, Architects. Since then his projects have been included in many selected Architecture Biennial Exhibitions throughout Latin America. Awards received include: "Granite and Marble Prize" (2005), for excellence in stone handling.

His works of art have been published in the *Internazionale Marmi e Macchine Carrara* s.p.a. (2001), and monograph *Felipe Uribe de Bedout*, Mesa Publishers (2006 copy).

He is one of the professionals most contributing to the urban transformation the City of Medellín currently experiences. He expounds on the concept of architecture as a tool for social integration. Among his outstanding works we find construction of public spaces confronting factors leading to violence, with works such as Barefoot Park, Wish Park and Botanical Garden representing that thought.



Foto: Felipe Uribe

o los parques heredados de los periodos colonial y republicano, en la construcción del espacio civil participativo. La inexistencia de dispositivos de interacción y el obvio trazo de sus senderos rígidos que circundan los corrales de vegetación, promueven una no interacción; invitan a una especie de visita ligera con connotaciones de asepsia. La plaza y el parque son pensados para ser vistos, el diseño se fundamenta en lo sustantivo y no en el verbo, en la acción o el acontecimiento humano; están compuestos bajo el absoluto rigor de una geometría totalizadora, nacida de una lógica de cruzar o de atravesar, y no de permanencia. Bajo una aproximación filosófica, es indispensable estar para poder ser, pertenecer para luego trascender. Son recintos de control y vigilancia con marcadas certidumbres, espacios públicos del poder casi dictatoriales, por su extremo conducente en sus recorridos como en las aglomeraciones en eventos politizados.

El libre albedrío se asocia con la cercanía a la incertidumbre, instancia bajo la cual las personas consiguen mantener sus actos en libertad. La abstracción y la renuncia a tipologías reconocibles, tanto en el diseño del mobiliario como en los recintos caracterizados, permiten la dominación del usuario por la utilización y el comportamiento de cierta forma impredecible. La posibilidad facilitadora de estos instrumentos públicos consiguen que los usuarios con sus actos experimenten una verdadera noción de libertad creadora o recreadora; la imaginación y la velocidad de actuación les posibilita moverse a su antojo con una falta de compromiso y una efusividad, que les facilita aparecer y desaparecer en cualquier momento. Si a las personas se les permite que se muevan y actúen más rápido, se tornan ellas en dominantes y no el espacio público. Por su capacidad de recreación y su velocidad de adaptación, los niños son sin duda los actores principales de esta transformación contemporánea del espacio civil, lúdico y educador; ellos son quienes parecen vivir más cómodos en esta época fluida de cambios constantes, de información global y mundos virtuales.

“Los hombres se parecen más a su época que a sus padres”.³

Se puede afirmar que hasta ahora, la memoria del pasado y la confianza en el futuro han sido las fundaciones sobre las que se asentaban los dilemas morales entre lo transitorio y lo duradero, entre la mortalidad humana y la inmortalidad de sus logros. El debate entre la trascendencia de sus actos de responsabilidad y la preferencia por vivir plenamente el momento o el instante visto desde la óptica contemporánea.

Podríamos entonces optar por entender el pasado como tiempo consumido, el futuro como tiempo a la espera de ser consumido o gastado, y el presente como vivir el momento como la noción más clara del espacio o lugar donde solo es posible consumir tiempo. Para poder gastar el tiempo hay que tener espacios libres, lugares donde se pueda evitar la redundancia de la interacción. Recintos abiertos y colectivos que difieran del espacio público contemporáneo y que se inscriban claramente en cuatro categorías: lugares mancomunados, transitorios, autistas y espacios residuales. En ellos se manifiesta la tendencia de alejarse del desequilibrador impacto de la pluralidad social y urbana, son refugios de la tipificación global, de la monotonía, que contribuyen a amplificar la resistencia ante la diferencia y a intensificar el horror ante los peligros representados por la extraña fobia urbana (el síndrome del miedo a los extraños entre nosotros).

Debemos aceptar que la esencia de la civilidad es la capacidad de interactuar con extraños sin agredirlos y sin presionarlos para que renuncien a rasgos que les confiere el carácter de ajenos. Los esfuerzos por mantener a distancia al extraño, al diferente, evidencian la malsana decisión de excluir la necesidad de comunicación, negociación y compromiso mutuo dentro del espacio civil. Esta actitud acelera y acentúa la actual fragilidad y fluidez de los vínculos sociales. “La política del miedo cotidiano”⁴ permea en los ciudadanos corroyendo la cultura públi-

ca y la civilidad. El autoencierro de las instituciones gubernamentales aumenta precipitadamente el perturbador fantasma de las calles inseguras y de inmediato aleja a la gente de los lugares públicos verdaderos y les impide poner en práctica las artes de la urbanidad, tan indispensables para compartir la vida pública y alcanzar una arraigada cultura urbana (una construcción cultural que supere la vida de los equipamientos que le permiten florecer). La arquitectura es a la cultura urbana lo que el encofrado es al hormigón armado, una estructura temporal con gran capacidad de direccionamiento y formalización.

El control se ejerce por medio de la rutinización del tiempo, la neutralización de su dinamismo interno, domesticándolo por medio de muros o cercas y puertas estrechamente vigiladas para proteger el lugar de posibles intrusos. La noción del extraño se eleva a la de mito urbano. Resulta incomprendible que quienes patrocinan un lugar con dichas características, no asimilen el hecho de que este autoaislamiento los priva de su propia libertad. Desde la mirada del transeúnte externo, esta extrañeza en el comportamiento se torna en sospecha de que algo esconden del escrutinio público y que ellos, externos al enclave, son a su vez considerados una amenaza. Instantáneamente se establece una relación delictiva enfermiza, que anula cualquier posibilidad de convivencia civilizada y automáticamente se pone en operación una segregación urbana, provocando la discontinuidad en la red de espacio cívico.

Esta creciente paranoia social urbana, de acechos y persecuciones, socava la credibilidad en la convivencia pacífica y acaba provocando gastos excesivos del dinero público en políticas de aseguramiento –lenguaje político– que no son más que miles de metros cuadrados en cercas, que terminan por acelerar la guetificación de la ciudad, al no permitir la continuidad física para un libre desplazamiento (que necesariamente consume espacio y tiempo) y que acaban por anular la existencia de las posibles perspectivas



Foto: Felipe Uribe

through. Under a philosophical proximity, is essential to be or to belong in order to transcend. There are surveillance areas with checkpoints with clear uncertainties, public spaces monitored with almost dictatorial power, shown by the extreme manner in which crowds are directed during public events.

Free will is closely associated with uncertainty, under which people are able to maintain their freedom of action. The abstraction and renouncing of recognizable ways of study, public furniture and fixture designs in characterized areas allow the user freedom of control and behavior in an unpredictable way. The possibilities of use of these public devices encourages users to experiment with the idea of creating or recreating freedom; imagination and speed of action allows for their whim with a lack of commitment and affection that tends to appear or disappear at any given time. If people are allowed movement and quick action, they become the dominant part - not the public space. Because of the capacity for change and speed of adaptation, children are without a doubt the main actors of this contemporaneous transformation of civil space, both recreational and educational. They seem to be the ones that live more comfortably in this time of constant change, with global information in a virtual world. "Men more closely reflect the age in which they live than their parents".³

It can be stated that up to this time, past memories and confidence in the future have been the foundations over which moral dilemmas settle, between the temporary and the lasting, between human mortality and the immortality of their achievements. The debate concerns the responsibility of one's actions versus the preference for fully living for the moment or instant, as seen from a contemporaneous point of view.

We may choose to understand the past as time spent, the future as time waiting to be used or spent, and the present as living in the moment with a clearer notion of space or place where only time can be consumed. To spend time we must have free

space - places where interaction redundancy must be avoided. Open and collective areas that expand contemporaneous public space can be clearly listed into four categories: connecting areas, transitory areas, autistic areas and residual areas. These spaces represent a tendency to move away from the negative impact of social and urban plurality, being refuges from global categories of monotony and which contribute to increased resistance to change and intensify the horror of dangers represented by the strange urban phobia (fear syndrome of strangers among us).

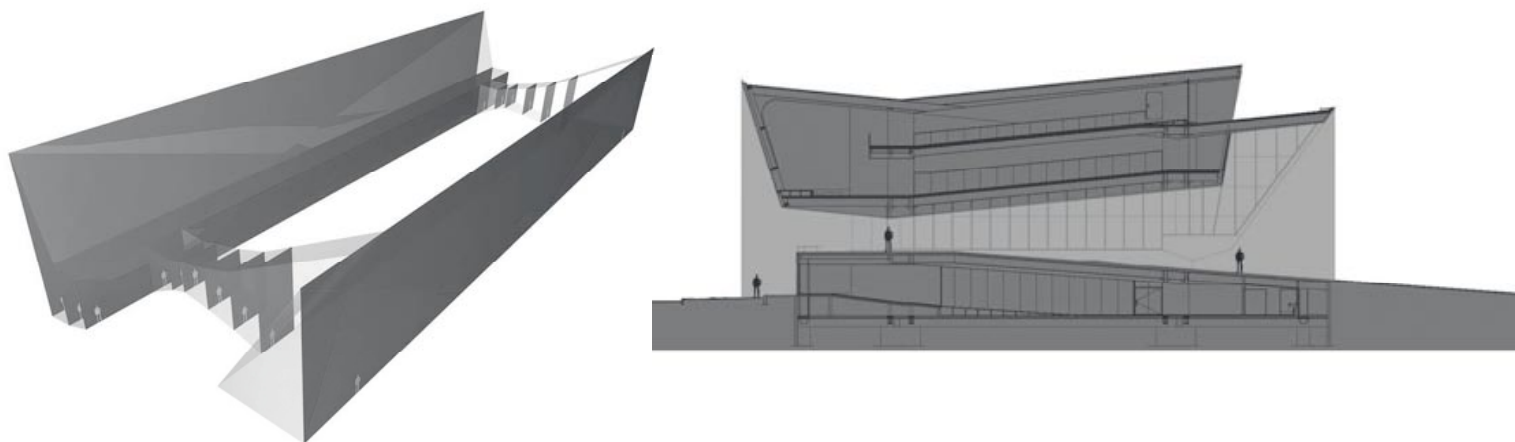
We must accept that the essence of civility is the ability to interact with strangers without hurting them or pressuring them to renounce their own characteristics as individuals. The effort made to keep strangers at a distance, as those that are different, is evidence of the unhealthy decision to reject the need for communication, negotiation and mutual commitment in civil space. This attitude intensifies and accentuates the real fragility and fluency of social links. "Daily fear policy"⁴ promotes a rotten public culture along with a lack of civility. The self-seclusion of governmental institutions rapidly increases the specter of unsafe streets, and immediately frightening people away from public places where courtesy is practiced, being much needed in sharing in public life and achieving a deep-rooted urban culture (a cultural construction superior to mere devices which allow them to thrive). Architecture is to urban culture what steel casing is to reinforced concrete, a temporary structure having great capacity for management and formal contracting.

Control is achieved through timing routines, neutralizing its internal dynamism and taming it with walls, fences and highly protected and monitored gates which protect it from possible intruders. The notion of the 'stranger' rises to an urban myth. It is difficult to understand how those sponsoring such a place do not recognize the fact that self-seclusion deprived them of their own freedom. From the point of view of an outsider or passer-by, this odd

behavior becomes a suspicion - that something is being hidden from the public and that their external enclave is at the same time considered a threat. Immediately a suspicion of criminality is established, nullifying any possibility of civil coexistence. And urban segregation so begins, causing discontinuity in the civic space network.

This increasing urban paranoia of threats and prosecutions undermines the validity of peaceful coexistence, eventually resulting in an excessive expenditure of public funds in policies of insuring (politically speaking) which are not much more than thousands of square miles of walls accelerating development of the ghetto community by not allowing physical continuity for freedom of movement (necessarily consuming space and time) and canceling any possibility of the existence of binding perspectives between urban structures as with landscape or land (instant and stable relationships which occupy space without consuming time). These binding perspectives are a factor of fundamental design when knitting urban circuits, which further increases the city's connectivity, making possible genuine interaction while preventing the appearance of islets that induce a detrimental social segregation which promotes violence as a broken channel of communication.

A common misperception is that wanderers and prowlers are associated with the fear of being chased or observed - a general feeling that permeates the social urban environment and at the same time empties collective space. What is more alarming is that vagrants or lazy people are blamed for being in places where they don't belong then disappearing, due to the fact that major contemporary cities create desirable conditions for itinerant persons to exchange information and consumer goods. For urban culture construction, strolling is an essential need and leisure time is indispensable. The concept of free time must be completely removed from the classic capitalist view, which translates in wasting time, meaning a lack of production or consumption of accumulated



Esquemas Proceso de diseño Biblioteca EPM, Medellín, Antioquía, Colombia. Imagen: Felipe Uribe

vinculantes entre estructuras urbanas, y de estas con el paisaje o el territorio (relaciones instantáneas sin desplazamiento que hacen uso del vacío sin consumir tiempo). Estas perspectivas vinculantes son un factor de diseño fundamental en el momento de tejer circuitos urbanos que facilitan la conectividad de la ciudad y posibilitan una verdadera interacción, evitando la aparición de islotes urbanos que inducen a una segregación social perjudicial que incentiva la aparición de la violencia como canal interrumpido de comunicación.

En una percepción equivocada, a los deambuladores o merodeadores se les asocia con el temor de ser perseguido u observado, sentimiento común que ha copado el ambiente social urbano y que a su vez desocupa el espacio colectivo. Lo que resulta preocupante es que ahora se inculpe a estos vagamundos u holgazanes, personajes que no pertenecen al sitio donde aparecen y desaparecen, ya que la urbe contemporánea estimula y posibilita la gente nómada como una condición deseable para el intercambio de información y bienes de consumo. Para la construcción de la cultura urbana el deambular es una condición esencial y el *leisure time* es indispensable. Este concepto de tiempo libre debe alejarse por completo de la mirada capitalista más clásica, que lo traduce en perder el tiempo, que significa dejar de producir o consumir bienes de acumulación y que está íntimamente ligado a la noción de la cadena de producción fordista, en la que la rutinización del tiempo mantenía el recinto sometido a una estricta lógica homogénea. Este es un tiempo “métrico”, un tiempo medible ajeno a lo relativo y a la experiencia sensorial.

Para vagar libremente entre los equipamientos urbanos y permitirse encuentros, reencuentros o desencuentros, con conocidos o extraños, objetivo esencial de la ciudad, se hace indispensable contar también con espacios libres escampados, lugares para una cómoda convivencia ciudadana. Estos deambulatorios vestibulares son los responsables de hacer utilitario el edificio público aun en horas que estén dentro de su horario de cierre. Deben operar como vitrinas culturales urbanas que permeen información y permitan convertir el edificio en un instrumento de comunicación efectiva permanente. Deben ser escenarios naturales para los acontecimientos públicos, ya sean espontáneos o programados dentro de agendas culturales públi-

cas. Despojan a la arquitectura de la necesidad del estilo y de representación del poder, dejan de ser escenografías codificadas para convertirse en instrumentos potentes de comportamiento humano, donde asuntos temáticos pueden ser potencializados como amalgama de cohesión social. Las oquedades o grietas profundas de estos deambulatorios vestibulares, a su vez que permiten el flujo ininterrumpido de transeúntes evitando represamientos y turbulencias, garantizan una fricción que alienta la permanencia e invitan a la curiosidad cultural. Si a estos espacios se les agrega el factor temporal de sus proyecciones sombrías o de escampamiento, dan cabida al surgimiento de recintos espectrales que operan de manera virtual, interactuando permanentemente con los transeúntes desprevenidos para la convivencia con extraños.

Alarmanamente, el conocido consejo para los niños: “No hables con extraños, se ha convertido ahora en un precepto estratégico de la conducta adulta”⁵ y en una consigna imperativa de la política. La desmedida atención que se presta a los extraños que se filtran en el vecindario y que despierta el deseo de expulsarlos, permite la aparición de la malsana necesidad de que cada entorno social o comunidad aplique estrategias racionales (muchas veces irracionales) particulares para enfrentar la genuina crisis contemporánea de la política, esa actividad humana cuyo hogar natural es precisamente el espacio público abierto de libre albedrío y cuyo objetivo principal es velar por el bienestar colectivo.

El entorno urbano más que comunitario, debe ser civil. Esto implica una ciudad que se ofrece a sus habitantes como bien colectivo y que no puede por ningún motivo ser reducido a un enunciado de propósitos de comunidades privilegiadas. Un lugar donde la gente pueda compartir como persona pública sin que se le presione a desenmascararse o a confesar sus sentimientos íntimos y preocupaciones más profundas. Para ello es crucial contar con recintos abiertos multiseccionales que garanticen variedad de proporciones y escalas humanas, donde el usuario se acerque desprevenidamente a consideraciones y acontecimientos colectivos e individuales. El espacio público civil debe ser el lugar por excelencia para convivir con los otros y consigo mismo.

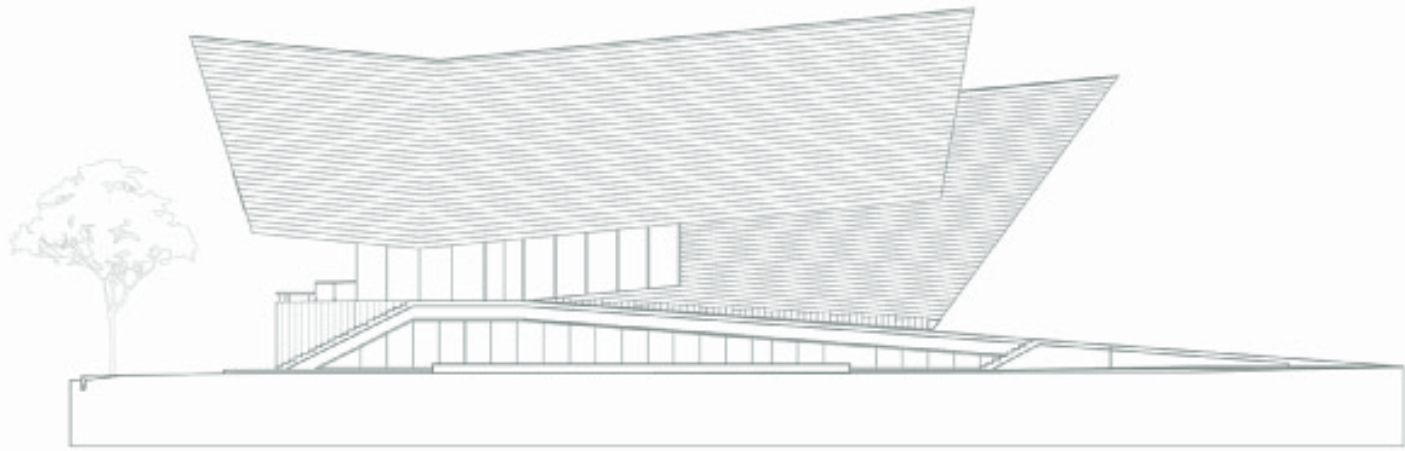
“La identidad como resultado de la ausencia de

diferencia, como noción de que todos opinamos lo mismo y que por lo tanto se hace innecesario negociar algo, es el objetivo más claro de la comunidad y su atractivo más seductor”⁶ “La trampa de esta percepción es que el sentimiento de identidad común es una falsificación de la experiencia individual”⁷, tan necesaria en la construcción de una cultura urbana perenne.

Buscar la seguridad en una identidad común, donde lo que cuenta es quién es cada uno y no lo que hace, en vez de buscarla en un pacto de intereses compartidos, se convierte aparentemente en la manera más efectiva de promover esta inseguridad inducida y publicitada. Cuando las comunidades buscan aislarse frenéticamente de la otra gente de la ciudad, los reclamos de ley y orden son más fuertes y el político se convierte en un obediente observador pasivo dispuesto a satisfacer los requerimientos paranoicos de las diferentes comunidades, abandonando la responsabilidad de gobernar buscando el bien colectivo. De esta forma los gobiernos se tornan impotentes para resolver de raíz la inseguridad y sucumben ante esta impositiva acción guetificadora exigida por los propios ciudadanos. El resultado es nefasto: cercar los espacios públicos.

Ya no se trata de un precepto de diseño de más o de menos, sino de lo indispensable para que los espacios y edificios públicos colectivos operen como verdaderos instrumentos de comportamiento humano civilizado. Los lugares desmonotizados, como lo debe ser el verdadero espacio civil y que sin duda debe estar exento de cerramiento, parecen atentar contra la obsesiva preocupación contemporánea por la pureza y su tendencia a identificar el peligro con la invasión de agentes o cuerpos extraños aparentemente descontrolados y excesivos.

Derribar cercas para permitir la pluralidad, puede convertirse en el principal precepto para la búsqueda del verdadero espacio colectivo y civil, tan necesario en la reestructuración social y urbana de la mayoría de las ciudades en Latinoamérica.



Esquemas de Corte y Elevación Sur de la Biblioteca EPM, Medellín, Antioquia, Colombia. Imagen: Felipe Uribe

goods which is closely related to the notion of the “Ford” assembly line, where routine kept the enclosure under a strict homogeneous logic. This is “metric” time, a measurable time foreign to relative and sensorial experience.

To freely wander through urban settings and with allowance for encounters, reunions and meetings with acquaintances or strangers – as is the city’s main objective, it is important to expect free and open spaces, areas for the citizen’s comfortable co-existence. These transient lobbies are responsible for making public buildings useful even after closing hours. They should operate as urban cultural showcases that dispense information and allow the building to become an effective and permanent communication tool. They must be natural stages for public events, either spontaneous or planned under public cultural agendas. They strip from architecture the need for style and representation of power; they stop being the staged scenery to become tools for human behavior, where thematic issues must be seen as amalgam of social cohesion. The holes or deep cracks of these transient lobbies, at the same time allow unimpeded pedestrian traffic, preventing repression and disorder, guaranteeing contact that encourages permanence and invite cultural curiosity. If to this space we add the temporary factor of a gloomy forecast or clear out such areas, the possibility is left for the virtual return of the urban specter, where there are no regular interactions between coexisting persons.

Alarmingly, the well known counsel for children “Do not speak to strangers” has become a strategic precept for adult behavior⁵ and imperative public policy. The excessive attention given to strangers who wonder into the neighborhood and which stimulates a desire to expel them, allows for the creation of unhealthy need for social environment or community to apply particular strategies (many times irrational) to confront the real and present public crisis: this human activity whose natural home is precisely open spaces for free and whose main objective is to monitor the collective well-being.

The urban environments even more than community concerns should be civil. This means that a city offers itself to its inhabitants as a collective good and in no way can it become a statement for those privileged in the community. A place where people may share as part of the general public without

fear of exposing their intimate feelings and profound concerns. It is imperative that we have multi-sectional open areas that guarantee a variety of proportions and fairness, where the user may be unaware to considerations and collective and individual events. Civil public areas must be by virtue of the need for a place to coexist with others.

“Identity as a result of the lack of differences, a notion that we all think alike and therefore it is not necessary to negotiate something, is the clearest community objective, and appears more tempting”⁶. “The trap of this perception is that this sense of common identity is a counterfeit individual experience”⁷, so necessary to the building of a constant culture.

The search for security is a common endeavor in which everyone counts, irrespective of his occupation; it is a common interest shared which becomes apparent in the most effective way of promoting public security. When communities seek to frantically to isolate themselves from others in the city, complaints become louder, and the politician becomes a passive and obedient observer ready to satisfy paranoid requirements of different neighborhoods, abandoning the responsibility of governing for the collective good. In this way governments become impotent in failing to solve the root problems of security and yield to the imposing ghetto action demanded by citizens. Closing public areas produces fatal results.

It is no longer a matter of a design, but is essential for public buildings and places to become real instruments for civil human behavior. Open spaces –as real public space should be, without fear of being closed– should exist as an attempt against contemporaneous obsessive concern for purity and its tendency to identify dangers through from the invasion of seemingly uncontrolled and excessive foreign agents or objects.

Therefore, pulling down fences to allow for plurality, may become the main precept in the search of real collective and civil space - so needed for the social and urban restructuring of the majority of cities in Latin America.

► CITAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, p. 127.
2. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, p. 133
3. Guy Debord, *Comments on the society of the spectacle* (Traducción de Malcolm Imrie), Verso, Londres, 1990, pp. 13 y 16.
4. Sharon Zukin, *The culture of cities*, Blackwell, Oxford, 1995, pp. 38-39.
5. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, p. 118.
6. Richard Senté, *The uses of disorder*, Faber & Faber, Londres, 1996, pp. 34-35.
7. Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, p.108.